

6 —LA REPUBLICA. Domingo 3 de abril de 1988

EDITORIAL

Desde Sapoá para acá

LR-3-4-88

Los sesenta días de cese al fuego acordados entre sandinistas y rebeldes nicaragüenses en Sapoá, aunque mancillados por ambas partes en algunas pocas circunstancias recientes, han servido como muestra de lo que podría alcanzarse en Centro América si la razón se impusiera a la fuerza, y las posiciones extremistas cedieran campo a una realidad dialogante y de solución política, para encontrar la paz.

Lo primero que se ha afectado en sentido positivo es Nicaragua. No vamos a vendarnos los ojos y negar las tropelías que siguen cometiendo algunas instancias recalcitrantes del régimen contra un horizonte de libertad y conciliación en el país. Las burdas maniobras con que se impide, una vez más, la circulación del diario La Prensa, son un ejemplo de esto. Y lo son algunos otros actos que más parecen nacer en las esferas dominadas por Borge, que en las que encabezan los hermanos Ortega. Pero, en realidad de verdad, por lo menos la cesación de fuego temporaria, unida a la Semana Santa, ha permitido un respiro y una oxigenación en las zonas del vecino país que estaban convertidas desde hace 48 días en un infierno bélico.

El alojamiento de la tensión en Nicaragua ha servido de botón activador para un asomo —aunque sea un infinitesimal despunte—, de la que era vida normal en Centro América. Algo así como una "tarjeta" de permiso para echar una mirada retrospectiva a los años que se pierden en la historia de 1970 para atrás. Por lo menos en Costa Rica, volvimos a tener turismo centroamericano. No el tradicional de las fechas históricas mencionadas. Pero sí el suficiente para hacerse notorio. Aumentó el número de visitantes de Nicaragua y resucitaron las caravanas que venían de Honduras. Dejamos aparte de la consideración puramente centroamericanista, todo lo que se refiere a Panamá, turismo que no nos

faltó, pero que no fue lo que era, y esto debido a la obsecación pertinaz, enfermiza y casi demencial, del General Manuel Antonio Noriega, que prefiere un baño de sangre en Panamá antes que desprenderse de la rama burocrática - militar de la cual está agarrado y proclama lo seguirá, hasta que algún escondido resorte en su complicada computadora cerebral, le haga ver que él —y no los Estados Unidos, como es la excusa barata de moda—, es el culpable del caos económico, la dictadura y todas las desgracias que llueven sobre la nación del Sur.

El caso del turismo que ya se atrevió a cruzar Nicaragua sin tener la muerte cabalgando al lado, es sólo parte de lo destacable después del acuerdo —que en el fondo del corazón esperamos no suponga, un sainete más—, de Sapoá.

También en Guatemala, aunque de forma muy molecular, pareciera existir una cierta tendencia al alojamiento del clima duro, de posiciones inflexibles, que prevalece cortando la idea de una reconciliación nacional. Aceptando el Presidente Oscar Arias una mediación suplicada por la parte política de la guerrilla de aquel país, hay indicios leves de que Vincio Cerezo reanude los abruptamente cortados diálogos entre guerrilla y Gobierno. Queda todavía la barrera del Ejército, cuyo generalato, ha proclamado al mundo que en tres meses sus tropas barrerán a sangre y fuego, hasta el último guerrillero del Norte, lo que nos parece una estéril blandronada.

Y sólo faltaría por ver si ARENA, al derrotar a la Democracia Cristiana de El Salvador, termina de consumir al país en la confrontación sangrienta de las extremas, o es capaz de iniciar algún proceso conciliador más trascendente que el impuesto por Duarte.

¡Quiera Dios que estas esperanzas no resulten fallidas!